

Maria Lorenza Chiesara

# Escepticismo

Siete lecciones para  
enfrentarse al mundo actual

Traducción de Manuel Cuesta



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Sette brevi lezioni sullo scetticismo*

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de cubierta: Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

© 2023 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino

© de la traducción: Manuel Cuesta Aguirre, 2025

© Alianza Editorial, S. A., 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 979-13-7009-024-1

Depósito legal: M-11896-2025

Printed in Spain

# Índice

9	Prólogo
15	I. La «filosofía» de un médico
25	II. Las cosas «oscuras»
39	III. Desorientación y ansiedad
49	IV. La vida de todos los días
61	V. Las ciencias
73	VI. Las pseudociencias
83	VII. La convivencia democrática
93	Epílogo
97	Lecturas para profundizar
105	Notas y fuentes
125	Agradecimientos



# Prólogo

Las vacunas ¿verdaderamente conllevan tantos riesgos que es mejor prescindir de ellas? La utilización civil de la energía nuclear ¿a la larga resulta más terrible todavía que las energías fósiles? Y el sistema de votación mayoritario ¿es realmente preferible al sistema proporcional? O bien: ¿es razonable, en un país moderno, dejar los crucifijos en las aulas y no permitir a las chicas musulmanas ponerse el velo en el colegio si son ellas las que quieren?

Cada vez con más frecuencia nos vemos llamados a pronunciarnos sobre cuestiones complejas que requieren conocimientos de los que carecemos, o bien nos encontramos en situaciones que implican tratar con puntos de vista y visiones del mundo fundamentalmente distintos, cuando no con culturas y religiones que proponen valores muy alejados de los nuestros. En el

primer caso, la solución consiste siempre en fiarse de los expertos; pero ¿qué hacer cuando los expertos no existen, o cuando no tienen una posición unívoca —o no son del todo objetivos— y la incertidumbre nos desasosiega? En el segundo caso podría ser más fácil tener una opinión... pero cayendo, sin darse cuenta, en prejuicios y preconceptos; o incluso en manipulaciones o bulos que alimentan otra forma de desorientación —o aun de ansiedad— debida al miedo, a la desconfianza y quizás a la intolerancia para con las personas o cosas que no conocemos.

Un modo de no dejarnos apabullar por los dilemas y de no acabar cayendo en ninguna trampa mental —ni en manos de ningún embaucador— podría consistir en estar siempre en guardia frente a lo que se diga sobre el asunto que sea, y en reconocer que en general no nos queda otra que actuar con base en cómo las cosas nos parecen, siendo muy conscientes de que a otros les podrían parecer distintas. Tal *modus operandi* podría proporcionarnos cierta serenidad y permitirnos seguir indagando: mantenernos abiertos y disponibles para resolver, en el plano práctico, las controversias que pudieran surgir entre convicciones diferentes.

Algo muy parecido pensaba ya un médico-filósofo de la segunda mitad del siglo II d. C. llamado Sexto y apodado Empírico. Sexto, nacido probablemente en Queronea —ciudad situada en Beocia, que es una región del centro de Grecia—, escribía en griego y sus libros muestran que conocía muy bien la cultura y la filosofía griegas.

Su nombre, sin embargo, era latino, conque tal vez fuera un exesclavo del mundo romano —o bien el hijo de un esclavo—, lo que explicaría el hecho de que se le vea bien informado también sobre las leyes, los usos y las costumbres romanos y no solo. No está claro dónde viviera y desarrollara su actividad; probablemente no en Atenas, ni en Roma, ni en Alejandría, sino en alguna ciudad cualquiera de las provincias romanas (y a lo mejor por eso no son muchas las noticias que tenemos sobre su vida). Varias fuentes refieren, en cualquier caso, que estudió para ser médico y que ejerció la medicina, extremo que confirman las nociones técnicas que encontramos citadas en sus escritos, así como un par de alusiones a sus *Memorias médicas* (o *empíricas*), que desgraciadamente se han perdido. Es indudable, por tanto, que, de la investigación y de la práctica médica, Sexto poseía un conocimiento más que profundo, hasta el extremo de poder posicionarse en favor de una corriente profesional específica que se asociaba, como el apelativo de él sugiere, a un enfoque de tipo empírico.

Su obra-manifiesto consta de tres libros titulados *Hipotiposis pirrónicas* o *Esbozos pirrónicos*, pero de su producción también nos han llegado íntegramente once libros agrupados bajo el título *Contra los profesores*. De este trabajo, los seis primeros libros se dirigen contra lo que Sexto consideraba las teorizaciones abstrusas, inútiles y discutibles de unos saberes que, sin embargo, se justificaban en el plano práctico —gramática, oratoria, geometría, aritmética, astronomía y música—, mientras

que los cinco últimos libros contienen largas y elaboradas críticas de las teorías lógicas, físicas y éticas, que en el siglo II seguían remitiéndose a los grandes filósofos del pasado: a los presocráticos, a Sócrates, a Platón, a Aristóteles, a Epicuro y a los primeros estoicos (Zenón y Crisipo). Las mismas críticas —lo infundado y contradictorio de tales propuestas— reaparecen de manera más coherente y sintética en los libros segundo y tercero de los mencionados *Esbozos*.

El recelo de Sexto hacia cualquier generalización abstracta y arbitraria sigue representando, todavía hoy, un reto y un estímulo para la filosofía y las ciencias. Pero aquí no nos interesan tanto las impugnaciones específicas que este autor dirige a la «presunción y temeridad» de quienes él califica de «dogmáticos». Para nosotros es más útil detenernos concretamente en el libro primero de los *Esbozos*, donde Sexto sugiere no solo a los filósofos y a los científicos, sino a cualquiera que esté desorientado ante el mundo, que mantenga una actitud general de cautela frente a cualquier afirmación pronunciada de manera categórica sobre la realidad. Así podrá comportarse con base en cómo se le presentan las cosas, sabiendo que a otros podrían presentárseles de formas distintas. Y eso podrá proporcionarle a la persona en cuestión, a juicio de Sexto, una serenidad, una calma y una tranquilidad que no le impedirán continuar haciéndose preguntas y debatiendo sobre aquello que tiene alrededor; tampoco adoptar un estilo de vida pragmático, útil y constructivo.

Eso es el escepticismo —de *skepsis*, que en griego significa «pesquisa» o «indagación»— en su forma originaria, cuya maduración en el mundo grecoparlante se produjo precisamente con Sexto Empírico. Hoy también se califican de «escépticas», en ocasiones, posiciones filosóficas o simplemente existenciales como el relativismo o el nihilismo, que en determinados aspectos son efectivamente afines al escepticismo, pero que, como veremos, desde el punto de vista de la sustancia son distintas. De ahí que, en una introducción al escepticismo como la que quisiéramos presentar aquí, parezca oportuno volver a sus raíces.



## I. La «filosofía» de un médico

Lo que Sexto presenta no es un cuerpo de doctrinas. No refleja ninguna visión precisa del mundo ni del hombre, como tampoco contiene ningún conjunto específico de preceptos de comportamiento universalmente válidos. Sexto describe, antes bien, una manera de pensar y de vivir que, a juicio suyo, permite gestionar esa desorientación —cuando no ansiedad— que viene dada por lo múltiple y contradictorio de los modos en que las cosas se presentan. Por otra parte, también como médico se declara Sexto más interesado en curar que en inquirir las causas de las enfermedades. Lo cual tampoco resulta tan extraño, teniendo en cuenta que en su época no existían los instrumentos de observación y las tecnologías de análisis con que podemos contar hoy.

De manera que la «filosofía» de Sexto es, ante todo, una práctica que puede llevar a vivir sin demasiadas congojas la complejidad y discordancia del mundo. Dicha práctica consiste primeramente en ejercer, sobre lo que se dice de las cosas, una capacidad crítica articulada. Observando que las mismas cosas se le pueden presentar a cada uno de nosotros de formas no solo variadas y distintas, sino incluso contrapuestas —y, no obstante, igualmente persuasivas—, Sexto en sus escritos nos recomienda mantenernos continuamente alerta frente a cualquier opinión o teoría —nuestra o ajena— que pretenda pronunciarse sobre la realidad más allá de los diversos modos en que la misma se presenta. Consideradas desde el punto de vista de su constitución y valor intrínsecos, las cosas son, en efecto, «oscuras» —o, por lo menos, no están claras—, y, si se examinan bien, inducen a dejar en suspenso el juicio, el dictamen. En uno de sus típicos ejemplos, Sexto no niega que la miel, a él, se le antoje dulce. Teniendo en cuenta, sin embargo, que a quien sufre ictericia se le antoja amarga, él no va a decir que la miel es dulce, ni se va a pronunciar sobre las características esenciales de la miel. Porque ni siquiera cuando las cosas se les presentan del mismo modo a cuantos parece que se hallan en condiciones idénticas —o a la mayoría de las personas, o incluso a la mayoría de los científicos—, ni siquiera entonces hay que dar por hecho que ese modo de presentarse de las cosas refleje la realidad última de las mismas. A los animales, de hecho —y el ejemplo vuelve a ser de Sexto,

como veremos después—, las mismas cosas diríase que se les presentan distintamente que a nosotros. Pero, dejando a los animales al margen, el problema se plantea sobre todo en el ámbito de los valores. El dinero y la fama —por dar un caso— pueden parecerle a alguien objetivos dignos de perseguirse, mientras que otro puede tenerlos por cosas que más vale evitar. ¿Cómo hacer, entonces, para decir si el dinero y la fama son bienes o males en sí mismos?

Dejar en suspenso el juicio sobre cómo son las cosas en sí mismas no significa desentenderse de todo y de todos, ni quedarse bloqueado y paralizado en el pensamiento y en la acción. Ya hemos dicho que Sexto era médico. Sería, por tanto, un hombre activo en el seno de una comunidad y en absoluto indiferente; dedicado al prójimo, antes bien, sin consideración de su interés personal. No parece que fuera rico o famoso, ni que creyera en ninguna recompensa en el más allá. Como médico pensaba, en primer lugar, que considerar los distintos modos en que las cosas se presentan, y aceptar la suspensión del juicio sobre cómo son en sí mismas, podría liberarnos de esa desorientación y de esa ansiedad que lo múltiple y contradictorio de las cosas provoca en nosotros. Pensaba asimismo que semejante actitud no solamente nos permitiría seguir haciéndonos preguntas con calma y debatir de manera tranquila con los demás, sino también movernos serenamente por el mundo y afrontar su complejidad y discordancia.

Son tres los elementos de la cura que este médico nos sugiere si queremos vivir y actuar de una forma deseable y útil para nosotros mismos y para los demás, ateniéndonos al modo en que las cosas se nos presentan. El primer elemento consiste en ejercer la *skepsis* —tema de la próxima lección—, que en el caso de Sexto es precisamente la capacidad de contraponer o evidenciar, conforme a determinados esquemas de razonamiento, los distintos modos en que las cosas pueden presentarse. De «escéptico» empezaba a calificarse, en época de Sexto, también al tipo de reflexión sobre los límites del conocimiento que llevó a cabo, entre los siglos III y I a. C., sobre todo la escuela filosófica que fundara Platón; pero los miembros de la academia platónica de aquella época no se autodenominaban «escépticos», y, si bien anticiparon algunos razonamientos que reaparecen en Sexto, los presupuestos de los que partían eran distintos y llevaban a conclusiones también diferentes, hasta el punto de que Sexto, en sus escritos, se preocupa mucho por distanciarse de ellos.

El segundo elemento de la cura —tema de la lección tercera— sigue al primero en la medida en que la indagación escéptica nos lleva a dejar en suspenso el juicio (*epoché*) sobre las cosas «oscuras». Tal suspensión puede conllevar, a su vez, esa serenidad, calma y tranquilidad que Sexto espera proporcionarnos y con la cual podemos continuar con nuestras pesquisas y con nuestra vida.

El tercer elemento —tema de las lecciones cuarta, quinta y sexta— prevé, en efecto, una existencia que

respete el modo en que las cosas se nos presentan —los «fenómenos», de *phainomai*, que quiere decir precisamente «manifestarse», «aparecerse»— y que siga de manera «no dogmática» las indicaciones de la «vida corriente». Lo cual significa, en un plano más concreto, atenerse a:

1. La guía de la naturaleza inmediata y observable de las cosas.
2. Nuestras reacciones espontáneas a las mismas.
3. La tradición de las leyes y costumbres de los lugares en que vivimos.
4. Las enseñanzas de las *technai*, término que en época de Sexto se refería a cualquier saber práctico, bien circunscrito y consolidado, del ámbito de las artes o de lo que hoy llamamos las «ciencias», por ejemplo la medicina o la astronomía.

En la séptima y última lección, veremos si todo eso puede ser suficiente, útil y ventajoso —y de qué modo puede serlo— no solo para cada uno de nosotros, sino también para la comunidad en que vivimos.

Sexto dice que su escepticismo puede describirse con cuatro adjetivos. El primero es «investigativo» (para indicar la disposición a indagar sobre cualquier cosa); el segundo es «suspensivo» (para indicar el estado mental al que nos vemos conducidos tras la indagación); el tercero es «aporético-dubitativo» (para indicar la continua reticencia del escéptico a pronunciarse sobre la

realidad de las cosas, así como la propensión del mismo a indagar siempre, y también la circunspección con la que expone incluso sus propias posturas), y el cuarto adjetivo es «pirroniano», debido a que habría sido Pirrón de Elis —cuya vida transcurrió entre los siglos IV y III a. C.— quien en mayor medida «dio cuerpo y expresión» a dicho escepticismo de Sexto. El cual sabe perfectamente que otros pensadores más antiguos y famosos habían señalado los límites del saber humano y habían reflexionado sobre ellos, pero considera que Pirrón encarnó y representó más que nadie la manera de vivir escéptica.

Pirrón había sido, en el mundo griego, verdaderamente una figura ejemplar —y en muchos sentidos fuera de lo común— sobre la cual merece la pena que nos detengamos un instante. Nació en torno al año 360 a. C. en Elis —en el Peloponeso—, pocos años antes que el rey macedonio Alejandro Magno. De joven fue artista, pintor; pero, según parece, no se le daba muy bien el asunto de retratar la realidad. Intentando quizás comprender por qué esta se le resistía, empezó a dedicarse a estudios literarios y filosóficos, mostrando una especial predilección por los versos de Homero sobre la precariedad de la vida, y también por el pensamiento de Demócrito. Hacía ya un siglo que este último había elaborado una primera forma de atomismo para reconducir a un elemento común —el átomo, precisamente— las variadas y distintas manifestaciones de la naturaleza, incluido el hombre. Pirrón, que sería una persona